

# DE CABALLERO A MARTÍ. TRAYECTORIA DE LA FILOSOFÍA CUBANA ELECTIVA EN EL SIGLO XIX

Rita M. Buch Sánchez

José Martí es heredero de la más pura tradición filosófica cubana electiva, plasmada en la línea que parte de José Agustín Caballero y continúa en Félix Varela y José de la Luz. Supo captar en toda su magnitud, la esencia y el significado de la enseñanza del padre Caballero en la cátedra de Filosofía del Real y Conciliar Seminario de San Carlos y San Ambrosio<sup>1</sup>, cuando en 1889, a propósito de rememorar la figura de Antonio Bachiller y Morales expresó:

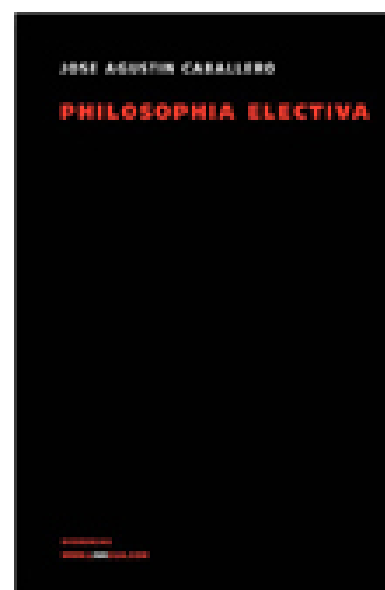
Estudió en el Colegio de San Carlos [...] cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco y la Luz arrebataba [...]<sup>2</sup>

Heredero además, de la tradición filosófica universal y de los aportes de sus figuras paradigmáticas, entre las cuales destaca en sus apuntes filosóficos a Heráclito, Empédocles, Sócrates, Platón, Aristóteles, Bacon, Descartes, Leibniz, Condillac, Kant, Hegel y muchos otros, supo beber en la obra de los filósofos clásicos y asimilar con criterio propio y espíritu electivista sus más destacados aportes, a la vez que supo señalar sus limitaciones fundamentales.

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando en Cuba y en América Latina la filosofía positivista con su crítica a la metafísica resultaba lo suficientemente atractiva y novedosa como para imperar casi por completo en nuestro continente, Martí asume y reivindica el electivismo cubano, enarbolándolo frente a la filosofía de Comte y Spencer, y advirtiendo sobre los peligros que el positivismo entrañaba como postura filosófica preponderante en América.

## **Caballero: fundador de la filosofía electiva e iniciador de la reforma filosófica en Cuba**

La primera obra filosófica cubana, *Philosophia electiva*, fue escrita en 1797, en latín, por el presbítero José Agustín Caballero y Rodríguez de la Barrera (1762-1835), para el curso de Filosofía que comenzaría a impartir el 14 de septiembre de ese año, en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Fue proyectada por su autor en cuatro partes: Lógica, Metafísica, Física y Ética, pero solo llegó a nosotros la primera parte, como manuscrito con el título referido.<sup>3</sup> Esta joya de la literatura filosófica cubana permaneció guardada, en su forma original, en distintos archivos privados hasta que su primera edición vio la luz en 1944, gracias al meritorio trabajo de quienes impulsa-



ron las ediciones de la Biblioteca de Autores Cubanos de la Universidad de La Habana,<sup>4</sup> a través de la cual se dio a conocer la obra de los clásicos de la filosofía cubana. Este hecho conduce a la reflexión de por qué Caballero ha sido omitido o subvalorado en más de una de nuestras historias de la filosofía.

Caballero fue, ante todo, el maestro de Filosofía del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, cátedra que ocupó desde 1785 hasta 1805, y en la que pudo sentar las bases de un nuevo método de pensar, que enseñó sobre todo "verbalmente" a sus discípulos. No fue un escritor prolífero, sino más bien un excelente orador. La mayoría de sus manuscritos no se ha encontrado y los menos han llegado hasta nosotros. Su labor diaria, paciente y silenciosa en dicha cátedra, unida a su ejemplo personal y a su actividad educativa y divulgadora como destacado colaborador del Papel Periódico de la Habana y como activo miembro de la Sociedad Patriótica, fue poco a poco moldeando nuevas conciencias filosóficas y patrióticas, como la de Félix Varela y José de la Luz.

La primera edición de *Philosophia electiva* contó con un Estudio Preliminar, escrito por Roberto Agramonte, en el que se ofrece un análisis sistemático y documentado de los factores que hicieron posible la propuesta electiva del padre Agustín en su lucha contra la escolástica, y lo que significó su pensamiento en la importante etapa de finales del siglo XVIII para la cultura criolla y los orígenes de la conciencia cubana. Del mismo modo, este autor analiza las condicionantes histórico-sociales que posibilitaron el surgimiento de un pensar autóctono, con los matices propios y la problemática de una isla que comenzaba a cuestionarse su propia realidad y a buscar sus propios caminos para alcanzar soluciones a intereses que se diferenciaban sustancialmente de los de la metrópoli española. En esta línea de pensamiento se inserta José Agustín Caballero como el padre de nuestra filosofía, como lo denominara el propio Martí. Paradójicamente, podría decirse que resulta una constante la alusión a la figura de Félix Varela, como el primer filósofo cubano, quien, por demás, según se alega, fue el primero que nos enseñó a pensar.<sup>5</sup>

Indiscutiblemente, Varela es una figura descollante en el pensamiento cubano, fue un gigante intelectual, en toda la extensión del término, pero cuando se estudian su vida y su obra, llaman la atención las insistentes y constantes alusiones que hiciera a la figura y obra de su maestro de Filosofía, José Agustín Caballero. En su magnífica carta dirigida a José de la Luz desde Nueva York, a propósito de la muerte del padre Caballero, Varela expresaba:

Debió usted haber dicho que Caballero fue uno de los hombres de gran mérito, con gran influencia y en constante ejercicio de ella, que han vivido 72 años y han muerto sus enemigos. Aquí está, querido Luz, aquí está el gran prodigio y el mayor elogio que pueda hacerse al incomparable Caballero.

[...] Vamos a lo que ahora debemos hacer para que Caballero viva, no sólo en la indeleble memoria de sus virtudes, sino en el saludable influjo de su doctrina. Me vengaré con usted y no le escribiré ni una sola carta, si se contenta con publicar una lista de los escritos de

Caballero. Debe hacerse una edición completa, sin dejar absolutamente nada, en la inteligencia de que todo es oro. Costará trabajo entender algunos manuscritos, mas no por eso deben desecharse, sino hacer una junta de sus discípulos para descifrarlos. A la verdad es difícil encontrar mejor escrito y peor escribiente.<sup>6</sup>

De modo similar, José de la Luz, cuyo filosofar de esencia polémica en las inmediaciones del siglo XIX, asombra aún en nuestros días por su carácter diáfano y su modernidad, reconoció en Caballero a su padre espiritual. Tanto Varela como Luz, reconocieron en Caballero al maestro de espíritu reformador, que supo asestar los primeros golpes al escolasticismo, y transmitir a sus discípulos un nuevo método de pensar y hacer la filosofía en y desde Cuba, el electivismo, que permitía seleccionar lo mejor de entre todos los sistemas y adaptarlo a las necesidades que reclamaba la Isla.

Debe establecerse con total precisión, la diferencia entre "electivismo" y "eclecticismo" en la filosofía cubana. El electivismo es un nuevo método de pensar y hacer filosofía cubana, cuyo pionero sin precedentes fue José Agustín Caballero, quien en su lucha contra el método escolástico, de corte aristotélico-tomista, insistía en escoger lo mejor del pensamiento moderno europeo, que resultó ser, por una parte, la idea de Francis Bacon sobre la necesidad de la experimentación para el avance de la ciencia y el dominio de la naturaleza, y por otra, la duda y el método cartesianos, como armas indiscutibles contra la escolástica. Con esta línea de pensamiento, se iniciaría una tradición electiva en la filosofía cubana, que se extendería a lo largo del desarrollo de las ideas en Cuba y encontraría sus más altos exponentes durante el siglo XIX en Varela, Luz y Martí, como se apreciará más adelante. Por su parte, desde el punto de vista cronológico, el eclecticismo, aun cuando data de los clásicos antiguos, aparece en la filosofía cubana con posterioridad al electivismo, asociado a la influencia recibida de una escuela de pensamiento francés, conocida también como eclecticismo espiritualista, cuyo máximo exponente fue Víctor Cousin (1792-1867). Los presupuestos teórico-filosóficos de esta corriente de pensamiento distan sustancialmente de los del electivismo cubano.

La filosofía de Cousin significó un intento de revivir la especulación, en detrimento del avance que había alcanzado el pensamiento sensualista-materialista al calor del progreso científico experimentado en Europa entre los siglos XV y XVII, porque Cousin partía de los llamados "hechos de conciencia" por sí solos, sin considerar su base objetiva. Así, bajo el nombre de eclecticismo, el pensador francés proponía un tratado de paz para todos los sistemas, a los que quiere conciliar, reteniendo lo más valioso de todos ellos. Del mismo modo, se advierte en su obra Fragmentos de filosofía moderna, un convencimiento de que en filosofía se han producido todos los sistemas posibles, por lo que no queda otro camino que renunciar a toda filosofía o, según sus propias palabras, "agitarse en el círculo de sistemas gastados recíprocamente, en cuyo caso hay que extraer lo que hay de verdadero en cada uno de los sistemas y componer una filosofía superior a todos los sistemas, y que gobierne a todos, dominándolos a todos".

Como se puede apreciar, el espíritu que orienta al pensador francés, está bien lejos del electivismo fundado por José Agustín Caballero. Cuando los escritos de Cousin comienzan a circular por Europa hacia 1815, ya hacía tres décadas que nuestro presbítero había ocupado la cátedra de Filosofía del seminario habanero. La fama de Cousin, llegó a la Habana entre 1830 y 1840, y encontró unos pocos adeptos, fundamentalmente en la Universidad de La Habana, entre los que cabe mencionar a los hermanos Manuel y José Zacarías González del Valle. En esta época, José de la Luz y Caballero se pronunciaría por escrito contra el eclecticismo espiritualista de Victor Cousin, impugnándolo con particular fuerza y sentido polémico en una de las obras más críticas y audaces que haya conocido la bibliografía latinoamericana del siglo XIX.

Ya acotado este aspecto, resulta necesario aclarar otro no menos importante, relacionado con el destino histórico del manuscrito de Caballero *Philosophia electiva* y el hecho cierto de que en la bibliografía cubana tradicional de los siglos XIX y XX se haya hecho referencia indistintamente a los términos “filosofía electiva” y “filosofía ecléctica”, como si se tratara de una misma filosofía. Recordemos que este escrito fue redactado en latín y estuvo perdido entre archivos personales durante ciento cuarenta y siete años. Al rastrear el origen de la confusión, nos encontramos con que los estudiosos del pensamiento cubano hicieron algunas referencias a Caballero y a su obra, por noticias que tenían sobre su existencia, pero sin tenerla a mano para consultarla.

En esta indagación, ha sido fundamental la lectura del artículo “Vicisitudes del Cuaderno”, incluido en la primera edición de la primera obra filosófica cubana, en 1944, debido a la pluma de Genaro Artilles, quien realizó la traducción del latín al castellano, donde el autor relata los pormenores acontecidos en relación con el manuscrito hasta que llegó a sus manos, para su traducción y posterior edición. El único manuscrito de *Philosophia electiva* que existía se conservaba en manos del Dr. Francisco de Paula Coronado, por entonces director de la Biblioteca Nacional de Cuba. Gracias a su cooperación se pudo elaborar la primera edición de la obra, bajo la asesoría técnica del Comité Editorial de la Biblioteca de Autores Cubanos de la Universidad de La Habana. Hasta esa fecha, el manuscrito de Caballero había permanecido en distintas bibliotecas personales.

Se conoce que poco después de la muerte de Caballero en 1835, por voluntad del presbítero, el manuscrito, quedó en poder de Manuel González del Valle, profesor de Psicología y Moral en la Universidad de La Habana, incluso dedicado por Caballero. Estando en poder de Manuel, su hermano José Zacarías, catedrático suplente de Texto Aristotélico en la Universidad de La Habana, lo utilizó para preparar un estudio sobre la filosofía de Caballero, que fue publicado en La Cartera Cubana, bajo el título de *La filosofía en La Habana*. De ese tiempo datan también las notas finales al texto de Caballero, escritas por José Zacarías e incluidas en la primera edición de la obra. Se supone que Manuel González del Valle, donara el cuaderno manuscrito a la Sociedad Económica de Amigos del País, de la que fue secretario de Educación, ya que por esos años perteneció a esa Biblioteca, como lo indica el sello estampado en el folio 1. De ahí en adelante, el destino del manuscrito solo ha podido inferirse, pues resulta difícil de demostrar, aunque se conoce que estuvo en poder del erudito matancero José

Augusto Escoto, entre cuyos libros y papeles quedó después de su muerte. Fue de manos de sus herederos que finalmente pasó en calidad de donación al Dr. Francisco de Paula Coronado, a quien llegó bastante deteriorado por la humedad.

Las referencias históricas parecen coincidir en que el primero en utilizar el título de Filosofía ecléctica –ajeno al que le puso Caballero originalmente a su obra– fue José Zacarías González del Valle, porque en su estudio *La filosofía en la Habana*, de 1839, cuando caracterizó la obra de Caballero, se expresó en los siguientes términos: “Está escrita en un latín elegante y conciso; pertenece al dogma de Aristóteles, aunque se titula Filosofía Ecléctica.”

Deseo llamar la atención sobre esta primera referencia histórica a la obra de Caballero, que contribuiría definitivamente en lo adelante a desvirtuar el título original y constituiría el punto de partida sobre futuras malinterpretaciones y/o imprecisiones entre electivismo y eclecticismo en Caballero. Es de suponer que al haber sido traducido el título original con poca exactitud por José Zacarías, en lo adelante fue asumido sin reservas por otros estudiosos en sus obras o discursos, tal como lo hicieron en el siglo XIX Antonio Bachiller y Morales, José Manuel Mestre, Francisco Calcagno y Alfredo Zayas, y, en el siglo XX, Trelles y Govín, Emilio Roig de Leuchsenring, Francisco González del Valle y Medardo Vitier.

Retornando al punto de partida de este análisis, recordemos que solo llegó hasta nosotros la primera parte de la obra filosófica de Caballero, referida a la Lógica, bajo el título de Filosofía electiva. Es decir, su obra filosófica nos ha llegado parcialmente. Nuestro primer filósofo, conscientemente no tituló su tratado Filosofía ecléctica, aunque conocía muy bien y admiraba la filosofía ecléctica de los clásicos antiguos y, de hecho, se refiere a ella. Basta leer el acápite introductorio de su obra, cuyo título es: “Aparato o propedéutica Filosófica”, en el que haciendo alusión a las distintas escuelas en el contexto de la historia de la filosofía, expresa: “El más importante de los filósofos de la escuela ecléctica, fue Potamón de Alejandría, a quienes siguieron Amonio, Hierón, Porfirio, Orígenes, Gregorio Taumaturgo y, sobre todo, Clemente de Alejandría. Estos filósofos, sosteniendo que la verdad no está adscrita a determinada escuela, la buscaban en todas ellas.” Si el propósito de Caballero hubiera sido titular su obra Filosofía ecléctica, lo hubiera hecho sin reparos, sin embargo, la tituló Filosofía electiva. Por alguna razón específica, eligió ese título. Posiblemente obedecería a varios factores confluyentes, entre los cuales pudieran estar los siguientes:

- En 1797, regía en la diócesis habanera el obispo Trespalcios, quien se caracterizó por mostrar gran hostilidad hacia la Sociedad Patriótica y específicamente hacia Caballero. Quizás hubiera sido retador, en su calidad de teólogo, anunciar desde el propio título su no adhesión a una escuela filosófica (entiéndase la escolástica).
- Si bien es cierto que hasta principios del siglo XIX, antes de la irrupción del eclecticismo espiritualista del filósofo francés Victor Cousin en Cuba, podía aceptarse el término filosofía ecléctica como sinónimo del propuesto por Caballero, y hasta sus discípulos directos (Varela y Luz), en ocasiones lo utilizaron indistintamente, el término filosofía electiva, acuñado por el padre Agustín resulta exacto e inequívoco, pues le servía, por una parte, para

distinguirse del eclecticismo antiguo, y por otra, para trazar nuevas pautas en el aprendizaje de la filosofía. Se ajustaba más a la actitud de pensar y escoger libre y creadoramente, y no imitativamente, lo mejor de todos los sistemas (es decir, lo más significativo y notable del pensamiento moderno) sin adscribirse a ninguno de ellos.

- Si se respeta la actitud filosófica de Caballero, se debe comenzar por aceptar y utilizar el título original de su obra para denominar el espíritu de su método y de su pedagogía filosófica, no solo por un problema estrictamente semántico, sino porque, además de lo ya anotado, se evitaría confundir su actitud libre de escoger, con el eclecticismo de los antiguos (aunque no sean incompatibles). Por otra parte, de facto se excluiría la posibilidad de confundir su "eclecticismo electivo" con el eclecticismo espiritualista de Cousin y sus seguidores, incompatible con la actitud de Caballero.

Una definición que expresa de modo excepcional la actitud ecléctica de Caballero, pero en el sentido de electiva, se puede encontrar en la primera obra filosófica de su discípulo más cercano y continuador de su filosofía electiva. Se trata de un trabajo escrito por Félix Varela en 1812 e impreso en un pliego suelto, titulado *Varias proposiciones para el ejercicio de los bisoños*. En él se expresa:

En la filosofía ecléctica no seguimos a ningún maestro, si por esto se entiende que no juramos sobre la palabra de nadie; lo que no quiere decir que la filosofía ecléctica no proceda sin norma ni guía, y que de nadie aprendamos. Lo que la filosofía ecléctica quiere, es que tengas por norma la razón y la experiencia, y que aprendas de todos, pero que no te adhieras con pertinacia a nadie.<sup>7</sup>

Otro eminente discípulo y continuador de la filosofía electiva de Caballero, José de la Luz, define al verdadero eclecticismo (electivo) como "la libertad filosófica de pensar, muy diferente de la escuela ecléctica francesa y sus adeptos,"<sup>8</sup> a los que definió como "pseudo-eclécticos".

Por otra parte, habría que agregar que no resulta improbable que José Zacarías González del Valle, defensor en La Habana hacia la década de 1830 del eclecticismo espiritualista de Cousin, quien fue además el primero tras la muerte de Caballero en referirse a la obra inédita del venerable presbítero –como ya se ha anotado– lo hubiera hecho con la intención expresa de encontrar en el primer filósofo cubano una autoridad indiscutible, en apoyo a sus ideas. Si a ello se agrega el hecho bien conocido en la historia del pensamiento filosófico cubano, de que a finales de la década referida, fue precisamente Luz y Caballero, discípulo y sobrino del padre Agustín, quien asumió públicamente en su polémica filosófica, la impugnación del eclecticismo espiritualista cousiniano, cobraría explicación el porqué de la sustitución o conversión del término "filosofía electiva" por "filosofía ecléctica".

Es en este sentido que considero impreciso, mas no incorrecto, valorar a Caballero como un filósofo ecléctico, siempre y cuando se distinga muy bien de la escuela ecléctica francesa de principios del siglo XIX, y difundida en Cuba años después de haber sido elaborada la primera obra filosófica cubana. Vale decir, siempre y cuando se respete la actitud original de Caballero, expuesta en su obra capital, donde expresa: "Es más conveniente al filósofo, incluso al cristiano, seguir varias escuelas a voluntad, que elegir una sola a que adscribirse."<sup>9</sup>

Es indiscutible que Caballero fue el iniciador de la reforma filosófica en Cuba. Su labor está indisolublemente ligada a su carácter de fundador de la corriente electiva en el pensamiento filosófico cubano. Con evidente intención reformadora y a través de su labor filosófico-pedagógica, incorporaba a fines del siglo XVIII nuestra filosofía al pensamiento moderno, a la vez que inauguraba como pionero sin precedentes, la posibilidad de "elección filosófica", renunciando definitivamente a aceptar el método escolástico como el "único" y el "adecuado" para comprender la realidad; otorgando a la educación un rol de primer orden para la ilustración de las mentes y la transformación de la realidad; denunciando abiertamente la caducidad del sistema de la enseñanza pública de la época y el estorbo que ello constituía para el desarrollo de las artes y las ciencias; señalando la necesidad de ampliar las potestades de los maestros y la libertad de elección de estos sobre cómo instruir a la juventud y qué conocimientos transmitirles; introduciendo en la pedagogía filosófica el conocimiento del pensamiento moderno europeo experimentalista y racionalista con sus nuevas propuestas de método; solicitando la inclusión de la cátedra de Gramática castellana; reclamando, en fin, una reforma radical en el campo de la enseñanza, que estuviera a la altura del Siglo de las Luces, de la patria y la juventud cubana.

Como algunos ya han señalado, Caballero fue una figura de transición y como tal hemos de verla. No sería justo pedirle lo que no podía dar por limitaciones propias de su época y formación. Pero, a pesar de estas limitaciones, supo colocar el pensamiento filosófico cubano en la opción electiva que necesitaba la filosofía en Cuba. En gran medida, el Seminario de San Carlos y San Ambrosio debió su esplendor intelectual de la primera mitad del siglo XIX a su labor docente como profesor de Filosofía y, en mucho, gracias a ella, podemos enorgullecernos de contar en nuestro legado filosófico con nombres como el de Félix Varela, José de la Luz y José Martí.

### **Varela: el continuador de la reforma filosófica en Cuba y de la filosofía electiva fundada por Caballero**

Mucho se ha escrito y divulgado sobre la labor desplegada por el sacerdote cubano Félix Varela y Morales (1788-1853), forjador de nuestra nacionalidad y padre de nuestro independentismo, pero mucho queda aún por decir sobre quien fuera el más destacado discípulo y continuador de la reforma filosófica en Cuba, iniciada a finales del siglo XVIII por el presbítero José Agustín en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, cantera del patriotismo cubano, cuna de nuestra nacionalidad, forjador de conciencias dignas e ilustradas, taller de hombres íntegros y patriotas.

En los comienzos del siglo XIX, Félix Varela, se encargaría de convertir la enseñanza de la filosofía en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en un taller forjador de las nuevas generaciones. Siguiendo la tradición de su predecesor y maestro, José Agustín Caballero, advertiría a sus discípulos:

[...] un maestro debe hablar muy poco, pero muy bien, sin la vanidad de ostentar elocuencia, y sin el descuido que sacrifica la precisión. Esta es indispensable para que el discípulo pueda observarlo todo, y no sea un mero elogiador de los brillantes discursos de su maestro, sin dar razón de ello. La gloria de un maestro es hablar por la boca de sus discípulos [...]<sup>10</sup>



Esta expresión encerraba de modo concentrado, el valor y la significación de la tarea asumida por el maestro de filosofía: formar hombres nuevos, capaces de interpretar creadoramente las adquisiciones del pensamiento moderno y contribuir de este modo a la transformación de la realidad. En otras palabras, se trataba de transmitir un nuevo método de pensar, cargado de sentido humanista, que coadyuvara paulatinamente a la supresión del método escolástico, mediante la objeción del principio de autoridad; la inclusión gradual del saber científico-particular en el marco de la enseñanza superior; la difusión del pensamiento filosófico moderno, desde el cartesianismo hasta el iluminismo; la sustitución del latín por el español; el amor a la justicia y al derecho constitucional, así como el carácter polémico que debía matizar de nuevo sentido a la filosofía.

Pero cabría preguntarse: ¿Quién fue el padre Félix Varela? ¿Por qué fue el más destacado discípulo y continuador de la reforma filosófica iniciada por Caballero? ¿Cuáles son los fundamentos que permiten plantear que fue Varela un crítico demoledor de la escolástica y un innovador en el campo de la pedagogía filosófica?

El 20 de noviembre de 1788, nace en La Habana Félix Francisco José María de la Concepción Varela y Morales. Su padre era un teniente español y la madre, una cubana también hija de militar. En 1791 el abuelo materno fue nombrado Gobernador de San Agustín de la Florida, y la familia se trasladó a esa ciudad. Muertos los padres, la educación del pequeño Félix quedó en manos del abuelo materno y de las tías. Fue matriculado tempranamente en la escuela dirigida por el sacerdote irlandés Miguel O'Reilly, hombre culto, católico ortodoxo, amante de la música, de ideas liberales y cultivador de principios humanistas y patrióticos, de quien Varela recibió las primeras lecciones e inició el estudio del latín, lengua que llegaría a dominar a la perfección. Ya cercano a los trece años, manifestaba criterio propio y firmeza de carácter, al punto que su abuelo llegó a renunciar a las expectativas de convertirlo en un militar de carrera. Convencido de las dotes intelectuales de su nieto, respetuoso de los deseos del adolescente y persuadido por el maestro O'Reilly, accedió a que estudiara Teología y Humanidades, para lo cual regresarían a Cuba en 1801. Poco después ingresaba en el Seminario de



San Carlos y San Ambrosio, como alumno externo, recibiendo sus primeras clases de Filosofía de José Agustín Caballero. Allí concluye los estudios de Teología en 1808. Tres años después, es ordenado presbítero, con dispensas de la edad canónica, y fue nombrado maestro de Filosofía en el propio Seminario por el obispo Espada.

En 1812 Varela publica en pliego suelto, en latín, su primer trabajo filosófico, *Varias proposiciones para el ejercicio de los bisoños*, y los dos primeros tomos de *Instituciones de filosofía ecléctica*, también en latín. En 1813, publica el tercer tomo y al año siguiente, el cuarto, ambos en español, lo que constituyó toda una novedad en el campo de la enseñanza de la filosofía en Cuba. Entre 1818 y 1819 publica los cuatro tomos de sus *Lecciones de filosofía*, en español, y en 1819 ve la luz su *Miscelánea filosófica*. Desde 1817 es miembro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

En 1821 se inaugura la cátedra de Constitución en el Seminario habanero. El 7 de enero de ese año, a propuesta del obispo Espada, Varela toma posesión de esta. Poco tiempo después, aparecen sus *Observaciones sobre la Constitución política de la monarquía española*, última obra publicada por él en La Habana. Ese mismo año fue electo diputado a Cortes y embarca hacia Madrid el 28 de abril, adonde llega el 12 de julio, aunque no pudo tomar asiento en estas, por haber sido invalidada la elección. Al año siguiente, nuevamente es electo a Cortes y el 3 de octubre presta juramento en el Parlamento español. Participa en las discusiones de las Cortes y presenta los proyectos sobre el gobierno de ultramar y sobre la independencia de América; al mismo tiempo, elabora el proyecto y memoria para la abolición de la esclavitud en Cuba.

El 11 de junio de 1823, forma parte de los diputados que firman la invalidación del rey. A la caída del régimen constitucional en España se refugia en Gibraltar con otros diputados cubanos que, como él, habían sido condenados a muerte por el nuevo régimen absolutista. Varela había cumplido treinta y cinco años de edad, cuando el 15 de diciembre llega a Nueva York. En 1824 se traslada a Filadelfia y allí comienza a publicar el periódico independentista *El Habanero*. Retorna a Nueva York para desempeñar el ministerio sacerdotal y se reúne con José Antonio Saco y otros discípulos que compartían sus ideas liberales y antiabsolutistas. Hacia 1826 lo nombran teniente cura en la parroquia de San Pedro y más tarde, pastor de la Iglesia de Cristo, en Nueva York, donde funda en 1828 una escuela para niños. Junto con Saco, comienza a editar *El Mensajero Semanal*. Al año siguiente lo nombran vicario general de esa ciudad. Hacia 1832 desarrolla su polémica con los protestantes norteamericanos. El clima y el exceso de trabajo lesionan su salud y agravan sus ataques de asma. En 1833 rechaza el perdón de la corona española que le permitía regresar a Cuba, por considerar que no había nada criminal en su acción constitucional.

En 1835 publica el primer tomo de sus *Cartas a Elpidio* y en 1838 el segundo, dirigidas a la juventud cubana, de franco contenido ético y patriótico.

Hacia 1840 participa con tres cartas en la polémica filosófica que se efectuaba por entonces en La Habana. A finales de esa década su salud es frágil y se

traslada a San Agustín de la Florida, en busca de un mejor clima y muere en la más absoluta miseria el 25 de febrero de 1853. Fue sepultado en el cementerio de la ciudad que le vio crecer. El 6 de noviembre llegaron los restos del padre Varela a La Habana, su ciudad natal, y fueron colocados en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en un cenotafio de mármol blanco, donde se pueden leer, grabadas en latín, las siguientes palabras: "Aquí descansa Félix Varela. Sacerdote sin tacha, eximio filósofo, egregio educador de la juventud, progenitor y defensor de la libertad cubana quien viviendo honró a la Patria, y a quien muerto sus conciudadanos honran en esta Alma Universitaria en el día 19 de noviembre de 1911". Y la firma "La Juventud Estudiantil en memoria de tan gran hombre".

Como se puede apreciar, Varela ocupó por espacio de diez años, a partir de 1811, la cátedra de Filosofía en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio y en 1821, aunque por breve tiempo, la de Constitución. En ambas, dejaría una estela brillante y de incalculable valor en la formación de la conciencia cubana.

De igual modo, su obra escrita constituye un legado filosófico y patriótico de primera importancia. Sus obras: *Instituciones de filosofía ecléctica* (1812), *Lecciones de filosofía* (1818), *Miscelánea filosófica* (1819), *Cartas a Elpidio* (1835-38), así como sus escritos políticos, elencos, elogios, sermones, artículos periodísticos y traducciones, aún en nuestros días asombran por su originalidad y contenido radical.

Pero si su legado escrito es de máxima significación, la huella que dejó de forma directa sobre sus discípulos del Seminario, quienes tuvieron oportunidad de escuchar de viva voz su prédica filosófica y patriótica, labró con firmes cimientos toda una generación de cubanos que contribuiría decisivamente a la preparación ideológica de nuestra independencia, respecto al yugo colonial.

Este sapiente y sencillo sacerdote, como es comúnmente definido, continuó en el campo de la enseñanza filosófica la tarea acometida por su maestro Caballero. Su reforma en la enseñanza de la filosofía, comprende esencialmente cuatro aspectos: supresión del método escolástico, deductivo, silogístico, y sobre todo, sumiso a la autoridad; empleo del español en la cátedra y en los textos; introducción de la filosofía europea moderna, de Descartes a Condillac; e implantación de la enseñanza científica, con los cursos de física y química,<sup>11</sup> todo ello, a partir de la impugnación de la falta de doctrina y el método verbalista de la escolástica y aplicando en la enseñanza el método explicativo, como se puede apreciar en sus siguientes palabras:

[...] en los últimos años en que enseñé Filosofía en el Colegio de San Carlos de La Habana, donde escribí y expliqué estas lecciones, seguí un plan, que consistía en llamar la atención de mis discípulos, ofreciéndoles no mortificarlos con largos discursos, e indicándoles que por otra parte yo conocería muy pronto si había merecido su atención. Explicábales enseguida la materia que me proponía que aprendiesen, poniendo mucho cuidado en no divagar, y en ser claro y preciso, y después eligiendo uno de ellos le exigía que me

considerase como su discípulo y que me enseñase aquella lección. Yo procuraba hacer mi papel preguntando si no estaba muy clara la explicación, y cuando me encontraba enseñado por mi discípulo, quedaba satisfecho. De este modo conseguía mayor fruto con menos trabajo, pues la experiencia prueba que mientras un profesor hace una dilatada explicación de su doctrina, están sus discípulos, unos casi dormidos, otros haciendo reír a sus compañeros con alguna travesura, y otros que tienen deseos de aprender se hallan sumamente disgustados, porque acaso no entendieron una parte de la explicación y pierden la esperanza de entenderla, porque el maestro sigue divagando, como es indispensable que suceda cuando se quiere hablar mucho sobre un punto cuya explicación exige muy pocas palabras.<sup>12</sup>

Inspirado en la tradición electiva de su maestro y apelando como presupuesto filosófico de partida, entre otros, al movimiento de la Ideología francesa y su principal representante, Destutt de Tracy, cuya obra *Elementos de ideología* (1804) circuló en Cuba por aquellos años entre los estudiosos de la filosofía, Varela contribuyó definitivamente a divulgar las ideas de este movimiento y, por esta vía, del sensualismo de Locke y Condillac, que constituían su fuente fundamental.

Como movimiento filosófico, la Ideología sucedió a la Ilustración, y además de trabajar fundamentalmente desde el punto de vista filosófico sobre el origen de las ideas, incluía en su problemática, aspectos fundamentales de la lógica, la ética y la política, propugnando el liberalismo, la enseñanza laica y la separación de lo civil y lo canónico en el campo del derecho, entre otras cuestiones.

La labor desplegada por Varela, al traducir y extractar en español las ideas de los ideólogos, contribuyó a poner en contacto nuestro pensamiento con determinadas corrientes filosóficas europeas, que generalmente tardaban en llegar a América.

Aunque caracterizado por una religiosidad ortodoxa, consecuente con su vocación de sacerdote, desde el punto de vista filosófico Varela tuvo una amplia y sólida formación científica. Muy al tanto de los conocimientos científico-particulares de la época en que vivió, enseñó elementos de física (o filosofía natural) y escribió textos sobre esa materia, como aportes a la difusión de esos conocimientos entre sus discípulos, en cuya compañía leía libros y revistas que recibía de Europa. Esto contribuyó, sin lugar a dudas, a perfilar radicalmente el concepto vareliano de enseñar.<sup>13</sup> Así, su gran legado filosófico fue, ante todo, enseñar un método para pensar, lo cual minaba los basamentos ideológicos del colonialismo español y señalaba el camino por el que podían conducirse los ideales independentistas. Sus obras filosóficas, constituyen la mejor muestra de lo que en originalidad y modernidad logró la filosofía cubana a principios del siglo XIX.

En el campo de la pedagogía filosófica, Varela supo segregar definitivamente la filosofía de la teología, la razón de la fe, colocando la investigación filosófica en un plano de total independencia y autoridad racional, al demoler definitivamente los fundamentos de la escolástica, a partir de una actitud crítica hacia esta. Sobre ello, expresaba:

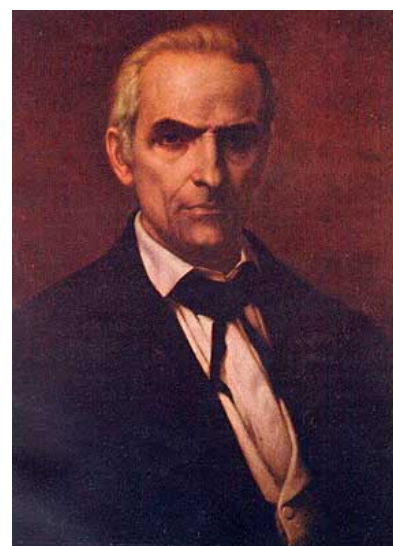
¿Qué son las disputas escolásticas, y qué deberían ser? Ellas son el teatro de las pasiones más desordenadas, el cuadro de las sutilezas y capciosidades más reprobables, el trastorno de toda la Ideología, el campo en que pelagra el honor, y a veces la virtud, el estadio donde resuenan las voces de los competidores, mezcladas con un ruido sordo, que forman los aplausos ligeros, y las críticas injustas, ahuyentando a la amable y pacífica verdad, que permanece en el seno de la naturaleza, por no sufrir los desprecios de una turba descompasada, que con el nombre de filósofos, dirige las ciencias, cuando solo está a la cabeza de las quimeras más ridículas. La razón reclama contra estas prácticas; la experiencia enseña que no han producido un solo conocimiento exacto, y sí muchos trastornos. Sin embargo, ellas subsisten y unidos los intereses individuales con los científicos, estos fueron sacrificados a favor de aquellos.<sup>14</sup>

Apoyado felizmente por el ilustrado obispo Espada, Varela prosiguió consecuente y definitivamente la labor reformadora de su maestro José Agustín Caballero, destruyó virtualmente el principio de autoridad de la escolástica, y labró los principios de la libertad y el derecho ciudadano en las conciencias más jóvenes y brillantes que escucharon o conocieron su prédica en la cátedra de Constitución, bautizada por él mismo como "la cátedra de libertad, de los derechos del hombre".

Radicalizada su posición independentista y anticolonialista, y obligado a permanecer en el exilio, donde murió, Varela continuaría mostrando el camino de la conducta ciudadana y la libertad de pensar, consecuente hasta sus últimas horas con la actitud y esencia inigualables de su pedagogía filosófica y política.

### **Luz: el electivismo y la polémica filosófica**

Otra de las figuras cimeras en el campo de la pedagogía filosófica cubana, heredera del espíritu electivo y reformador del padre Agustín, fue José de la Luz y Caballero (1800-1862). Su personalidad constituye una de las más controvertidas e interesantes en la historia de la filosofía en Cuba. Ha recibido los más excelsos elogios, así como las más agudas críticas. Constituye ejemplo cimero de un pensador cubano, que supo colocar en su época nuestra filosofía al nivel de las adquisiciones y discusiones del pensamiento filosófico universal. Esto hace de Luz, no solo una figura ilustre y clásica de la filosofía cubana, sino también del pensamiento filosófico hispanoamericano.



Luz y Caballero vive en la primera mitad del siglo XIX, época colmada de contradicciones sociales e inquietudes espirituales e ideológicas, en la que se producen los procesos independentistas en la mayoría de los territorios latinoamericanos, mientras que en Cuba se va conformando una auténtica conciencia cubana, lo cual se manifiesta a través de múltiples contradicciones sociales internas y se expresa hacia el exterior en la polarización cada vez más definible entre los intereses de la colonia y los de la metrópoli.

Particularmente en la primera mitad del siglo XIX, estos procesos independentistas, constituirían la manifestación más palpable de la posibilidad de liberación del yugo colonial y encenderían la llama de la lucha independentista. Ello generó, sin lugar a dudas, una radicalización en el pensamiento cubano, desplegado en todos los órdenes. Específicamente en el campo de la filosofía, repercutiría en una intensificación de la temática socio-política y moral, con un énfasis peculiar en la ejercitación de un nuevo método, que rompiera definitivamente con la tradición escolástica heredada de España, contribuyera a formar las nuevas generaciones abiertas a la polémica filosófica y que en la práctica social estuviera dispuesta y preparada a la lucha por la independencia y a la proyección de un nuevo modelo de sociedad. Por esto en la primera mitad del siglo XIX se refuerza extraordinariamente el papel del maestro de filosofía, cuya misión primordial se centra no tanto en transmitir conocimiento a los jóvenes, como sí en un nuevo modo de pensar.

En don José de la Luz, la misión del "nuevo maestro" fue cumplida a cabalidad. Discípulo de Caballero desde su niñez, por ser su sobrino e hijo espiritual, llegó a destacarse como profesor de Filosofía en varias instituciones docentes, entre ellas, el Seminario de San Carlos y San Ambrosio (a partir de 1824, en sustitución de Saco), especialmente por la aplicación del método explicativo que había fomentado Varela en esas aulas. Más tarde, en 1834 se haría cargo de la dirección del Colegio de Carraguao, inaugurando en este un curso de Filosofía.

Posteriormente, en 1838, obtuvo autorización para fundar una cátedra de Filosofía en la Universidad, la cual desempeñará hasta 1843. En 1848 funda el Colegio "El Salvador", en la barriada del Cerro, en el que desarrolló una destacadísima labor y donde permaneció hasta sus últimos días, dignificando la labor diaria del pedagogo, con lo cual logró una reputación sin par como profesor de Filosofía, por el matiz polémico de su enseñanza y su apertura al conocimiento científico.

En el caso de Luz, estos elementos notorios de su pedagogía están presentes también en toda su obra escrita: aforismos, elencos y discursos académicos; textos educativos, sociales, científicos y literarios; en su famosa polémica filosófica e incluso en los referidos a su vida íntima, es decir, sus epistolarios y diarios. Sirvan de ejemplo estas palabras suyas: "Nos proponemos fundar una escuela filosófica en nuestro país, un plantel de ideas y sentimientos, y de métodos. Escuela de virtudes, de pensamientos y de acciones; no de expectantes ni eruditos, sino de activos y pensadores."<sup>15</sup>

Por supuesto que la intención de Luz y Caballero se inserta plenamente en la tarea que ya desde fines del siglo XVIII se había propuesto en el campo de la enseñanza filosófica el padre José Agustín Caballero, en el contexto, propicio por entonces, del Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Con sus "Lecciones de filosofía electiva", Caballero proponía a sus discípulos del Seminario un "nuevo método de pensar", que implicaba de hecho un enfrentamiento al método de enseñanza de la escolástica tradicional, que hasta entonces había permanecido como canon gnoseológico de la enseñanza filosófica.

Es necesario destacar el hecho de que José de la Luz, además de poseer desde muy joven aptitudes extraordinarias para el conocimiento de la filosofía, viajó a Estados Unidos y Europa, lo cual afianzó su vasta cultura intelectual y, además, le permitió entrar en contacto con diferentes personalidades del mundo moderno, tales como Cuvier, Goethe, Walter Scott, Gay-Lussac y Alejandro de Humbolt. Conocedor profundo de las tendencias filosóficas fundamentales europeas en boga, supo seleccionar de manera electiva y creadora las principales adquisiciones del pensamiento científico-filosófico en los campos más variados: matemática, física, química, fisiología, psicología, historia, jurisprudencia, moral, entre otros.

La integración de conocimientos propició en Luz, la definición de lo que constituiría el objetivo fundamental de su conocida polémica filosófica, desarrollada entre 1838 y 1840, que, entre otras características, tuvo la de ser plasmada en numerosos artículos sucesivos, en contrapunteo abierto, a través de las principales publicaciones periódicas de la Isla, como el Diario de La Habana y la Gaceta de Puerto Príncipe y cuyos autores firmaban bajo seudónimos, como correspondía a la época, en su intento por despersonalizar los puntos de vista acerca de las cuestiones debatidas, en aras de destacar las cuestiones mismas y no las figuras polemizantes.<sup>16</sup> En ella participaron, además de José de la Luz (Filolezes o amante de la verdad); Antonio Bachiller y Morales (El crítico parlero); Manuel Aguirre y Alentado (El Adicto), quien fue discípulo de Luz en el Seminario de San Carlos hacia 1824, cuando Luz explicara la clase de Filosofía; Manuel Castellanos Mojarrieta (Rumilio), por entonces Secretario del Ayuntamiento de Puerto Príncipe; y Miguel Storch (El Dómine), de origen catalán, quien fuera director del Liceo Calasancio de Puerto Príncipe.

Esta gigantesca obra polémica de Luz, recopilada posteriormente en cinco tomos, bajo el nombre de La polémica filosófica, abarcó cinco aristas bien definidas, según la apreciación de algunos estudiosos de nuestra filosofía:

- La primera tiene lugar entre mayo de 1838 y octubre de 1839, como controversia en relación con el problema medular de la filosofía y la ciencia experimental, planteado por Francis Bacon: la cuestión del método. Se desarrolla fundamentalmente en La Habana y Puerto Príncipe.
- La segunda se produce entre agosto y septiembre de 1838 y tiene como tema central la Ideología en su temática medular: el problema del origen de las ideas, fundamentalmente en su vertiente francesa. Se desarrolla en La Habana.

- La tercera ocurre entre noviembre y diciembre de 1838, debatiendo el tema de la moral religiosa y la autenticidad del espiritualismo puro. Se desarrolla en La Habana y Matanzas.
- La cuarta se produce entre julio y octubre de 1839, en relación con la moral utilitaria. Se desarrolla en La Habana.
- La quinta y más importante de estas líneas polémicas, que de hecho incluiría las anteriores, se inicia a partir de septiembre de 1839, en lucha abierta contra el eclecticismo espiritualista, la cual culmina con la inconclusa obra de Luz "Impugnación a las doctrinas filosóficas de Victor Cousin", sin precedentes en la filosofía de la América hispana, y en la que se refuta su análisis del Ensayo sobre el entendimiento humano, de John Locke.

En el primero y el quinto momentos se abordaron temas de vital importancia en el contexto filosófico cubano: en el primero, porque en Cuba la enseñanza de la filosofía se iniciaba aún por el estudio de la lógica y la metafísica, y Luz proponía su inversión; en el quinto, porque el eclecticismo espiritualista de Victor Cousin, había adquirido relativamente una amplia difusión hacia las décadas de 1830 y 1840, no solo en Francia y Europa, sino también en los territorios de la América hispana, incluida Cuba, propugnando una franca oposición al sensualismo materialista y a las ideas de la Ilustración.

A lo largo de toda la polémica, Luz expone su crítica a la ontología metafísica tradicional, basándose en su propuesta del método inductivo-experimental, en estrecho vínculo con su teoría sensualista-racionalista del conocimiento, a través de la cual fluyen interesantes concepciones relativas al hombre, la moral y la religión natural, todo ello en consecuente correspondencia con su concepción del mundo eminentemente naturalista y electivista.

La polémica requería, ante todo, un amplísimo conocimiento de la filosofía universal, de lo cual Luz hace gala a lo largo de toda su obra, colmada de citas y valoraciones del pensamiento universal en todos los tiempos, sorprendentes, si se tiene en cuenta el contexto de la Cuba colonial. Es necesario destacar además, que Luz aún no había arribado a los cuarenta años de edad, lo cual constituye sin lugar a dudas, la expresión más palpable de su capacidad de síntesis y su vasto saber enciclopédico.

Se trataba de demostrar, fundamentalmente, que el estudio de las ciencias físico-naturales debía preceder al estudio de la filosofía, la lógica, la psicología, la ética y las restantes ciencias del espíritu.

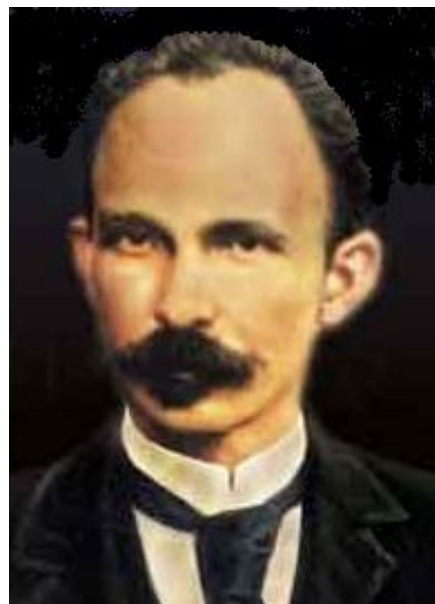
De hecho, la polémica no solo centró su atención en una cuestión de método, sino que constituyó una gran discusión filosófica, en la cual Luz colocó en el escenario intelectual cubano, los temas más candentes de la filosofía moderna de su época. El papel de vanguardia asumido por Luz en el centro de esta polémica, lo convirtió en la figura cimera de nuestro iluminismo filosófico y su actuar repercutió notablemente en los grandes focos territoriales de la cultura cubana

durante la primera mitad del siglo XIX: Matanzas, Trinidad, Puerto Príncipe y La Habana.

De este modo, tanto Luz como Varela –entre muchos otros– fueron dignos continuadores del maestro Caballero y supieron plasmar en su obra, de modo ejemplar, la orientación electivista, reformadora y renovadora que el presbítero José Agustín había iniciado en las postrimerías del siglo XVIII, desbrozando el camino hacia el pensamiento moderno y el iluminismo, al proclamar y asumir como iniciador, la actitud electiva en el pensamiento filosófico cubano.

### **Martí: integrador y heredero de la tradición filosófica electiva cubana**

Como figura culminante de la tradición electiva en la filosofía cubana decimonona, emerge ante nosotros la gigantesca personalidad del Apóstol de Cuba y de nuestra América. Él sintetizará en su cosmovisión integradora lo mejor y más autóctono de nuestra filosofía y de nuestras letras. Con él termina el siglo más importante de nuestra cultura y de nuestra filosofía, en el cual Martí representa alfa y omega, por cuanto su cosmovisión del mundo representará la cúspide que cierra de manera brillante el desarrollo alcanzado por el pensamiento cubano del siglo XIX, al tiempo que dejará abiertos nuevos cauces por donde fluyan los manantiales que conduzcan al enriquecimiento de nuestro legado intelectual más precioso.



José Martí Pérez (1853-1895) era solo un precoz adolescente, cuando comienza a asistir al colegio de Rafael María de Mendive, recibiendo allí su primera formación, en total correspondencia con lo mejor de las tradiciones del pensamiento cubano, particularmente José María Heredia, Félix Varela y José de la Luz.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX estaban bien definidas las corrientes fundamentales que disputaban en el terreno de la política dentro de la Isla: independentismo, reformismo y anexionismo. Levantamientos de esclavos, conspiraciones políticas y alzamientos, denotaban un ambiente general de agitación insurreccional, al tiempo que en la esfera del pensamiento se había formado, sobre todo al calor de las enseñanzas de Luz, una generación de hombres que asumirían la tarea de la independencia de Cuba, respecto al yugo colonial de la metrópoli española.

Hacia 1865 había fracasado el anexionismo, tras culminar la Guerra de Secesión de Estados Unidos, con la victoria del Norte sobre los estados esclavistas del Sur, que habían fomentado la anexión. Por su parte, ganaba terreno el reformismo, aunque sus representantes, a pesar de sus gestiones con el Capitán General de la Isla, no lograban las reformas anheladas, entre ellas, la reforma arancelaria, el



cese de la trata negrera y la representación política de Cuba en las Cortes. Paralelamente, un hecho histórico sin precedentes, marcaría como símbolo el inicio de nuestras luchas independentistas, cuando el 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes en su finca La Demajagua, en acto patriótico abolicionista, otorgaba la libertad a sus esclavos. En lo adelante, el independentismo se definiría como la única alternativa posible para librar a Cuba definitivamente del yugo español.

En este contexto, transcurren los primeros quince años de la vida de Martí. Entre 1865 y 1869 recibe directamente las enseñanzas del poeta y gran pedagogo Rafael María de Mendive, quien supo moldear la talentosa personalidad del joven discípulo en lo filosófico, artístico-cultural y político-social. En gran parte, gracias a la formación de su maestro y mentor, Martí se identificó desde muy temprano con los ideales independentistas. Muy joven aún, escribe textos subversivos<sup>17</sup> a la vez que participa en sucesos insurreccionales. Por sus actividades, pronto sería acusado de infidente y condenado a seis años de presidio político el 4 de abril de 1870. En octubre del propio año, sería trasladado por indulto a la Isla de Pinos y el 15 de enero de 1871, cuando apenas contaba con dieciocho años de edad, sale deportado a España.

En la metrópoli transcurre el segundo período importante de su vida, de 1871 a 1874, durante el cual culmina el bachillerato y adquiere una formación humanística en las universidades de Madrid y Zaragoza. Se gradúa en Filosofía y Letras y en Derecho Civil y Canónico.

Un tercer período en la vida de Martí se relaciona con sus viajes y estancias en países de América Latina. Entre 1875 y 1879 estará en México, Guatemala y Cuba. Esto le permitió conocer los problemas comunes que aquejaban a los pueblos de nuestra América, la situación de pobreza y explotación de la gran masa indígena, el estado de miseria como consecuencia del dominio colonial y el atraso económico, político y social de esos pueblos. Durante estos años, se reafirmó su decisión juvenil de echar su suerte con los pobres de la tierra. Allí también comprendió lo común de nuestros pueblos y la necesidad de su unión en la lucha por la liberación definitiva del yugo colonial.

Posteriormente se produce su prolongada estancia en Estados Unidos, por espacio de casi quince años (de 1880 a 1895), y una breve estancia en Venezuela, período que suele definirse como la cuarta etapa de su vida, de madurez y radicalización de su pensamiento. Allí pudo palpar el acelerado desarrollo económico del coloso del Norte, y el peligro que representaba su fuerza imperial para los pueblos americanos y en especial para Cuba.

Quizás una de las aristas menos estudiadas y divulgadas de la extensa, dispersa y prolífica obra de Martí, sea la relacionada con la filosofía. Numerosos investigadores y especialistas han debido hurgar y rastrear su pensamiento, en un abundante material conformado fundamentalmente por cartas, discursos, apuntes, crónicas y artículos, en los que su pluma de escritor sin par, indaga en todos los campos relacionados con el hombre, la naturaleza y la sociedad.

Con razón afirma Cintio Vitier:

Aunque los problemas eternos de la filosofía le interesaron, especialmente en su juventud de estudiante en España, Martí nunca fue un pensador abstracto. Su condición esencial de revolucionario, es decir, de transformador de la realidad, se revela ya en el hecho de que la experiencia, las circunstancias vitales, el contexto histórico y biográfico, fueron siempre decisivos para su interpretación del mundo y la dirección de su conducta [...] Como bases innatas o apriorísticas de su carácter, tenía el sentido absoluto de la eticidad, la pasión por la belleza y la vocación redentora. A partir de estos principios asimilaba y encauzaba, a la vez libre y necesariamente, los datos de la realidad múltiple y sucesiva.<sup>18</sup>

Causa asombro cuánto escribió Martí en su corta vida de cuarenta y dos años y cuánta profundidad y proyección futura se advierte en sus escritos, colmados de metáforas y simbolismos, no fáciles de comprender por cualquier lector. Pero si bien abordó los más variados temas, al punto de no quedarle prácticamente excluida ni una sola arista sin cultivar en el campo de los saberes, no lo hizo de manera sistemática, a través de uno o varios tratados. De tal modo, tanto en su prosa como en su verso, aparecen imbricadas sus más variadas preocupaciones en el campo de la ética, la política, la sociedad, la pedagogía, la moral cívica, la cuentística infantil, el patriotismo, el medioambiente, la discriminación social, además de cuestiones propiamente filosóficas, en los campos de la axiología, la ontología, la epistemología, la estética, etc., vinculadas todas ellas a su concepción del mundo eminentemente humanista e iluminista, que sintetiza y hereda, por una parte, lo mejor del pensamiento clásico universal, y por otra, la línea trazada por los más grandes exponentes del pensamiento filosófico cubano electivo: Caballero, Varela y Luz.

Aunque Martí llamó a Caballero, "padre de los pobres y de nuestra filosofía", se reconoció especialmente como heredero de las enseñanzas de Luz, cuando lo identificó como el fundador de la conciencia independentista en la generación de patriotas que conducirían a la isla de Cuba hacia su total independencia. Acerca de Luz escribió:

Él, el padre; el silencioso fundador [...], y se sofocó el corazón con mano heroica para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad [...]; él, que es uno en nuestras almas [...] ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía [...], y consagró la vida entera [...] a crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran a tiempo la patria interrumpida de la nación que la ahoga y corrompe [...]<sup>19</sup>

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre Martí, la arista filosófica de su pensamiento no ha sido agotada. Sobre este hecho, el Dr. Rigoberto Pupo, profesor e investigador de nuestra cultura, advierte que

[...] el ideario filosófico de Martí ha sido insuficientemente investigado y existen pocos trabajos al respecto. Esto se debe en gran medida a que Martí, en tanto tal, no fue un filósofo profesional, no existe en su obra una filosofía sistematizada a manera de los tratados filosóficos tradicionales. Por otra parte, la existencia de determinados prejuicios y esquemas en cuanto a la determinación de la filiación filosófica del Maestro ha contribuido también a que se soslaye tan importante perfil de su pensamiento. [...]

Un análisis acucioso y profundo del pensamiento de José Martí, revela la existencia de una filosofía, o un ideario filosófico que adquiere determinaciones concretas en la política, la economía, la ética, la estética y el arte, la cultura, la historia, la pedagogía.<sup>20</sup>

Efectivamente, en Martí la filosofía permanece como un entramado invisible -aunque perceptible- en toda su obra escrita, tanto en verso como en prosa. Hay tanta filosofía en su exquisito ensayo "Nuestra América", como en su conmovedor poema "Los zapaticos de Rosa". Sin agotar el contenido filosófico de su pensamiento, se intentará una aproximación que sintetice los presupuestos teóricofilosóficos de partida del pensamiento martiano.

En sus apuntes y anotaciones sobre Filosofía, Martí asume entre otros, los siguientes principios metodológicos:

La naturaleza observable es la única fuente filosófica.

El hombre observador es el único agente de la Filosofía.

[...] hay dos clases de seres: los que se tocan y los que no se pueden tocar [...]

Lo que puede tocarse se llama tangible, y lo que puede probarse por la vista, evidente. Lo que no se puede tocar ni ver es invisible e intangible.

[...] hay en nosotros mismos una parte de naturaleza tangible, como el brazo, y una intangible; como la simpatía.–

Al estudio del mundo tangible, se le ha llamado física; y al estudio del mundo intangible, metafísica.

Filosofía es ciencia de las causas.

[...] las leyes de las cosas deben deducirse de la observación de las cosas

[...] No debemos afirmar lo que no podemos probar.<sup>21</sup>

Asimismo, advierte que "Aristóteles dio el medio científico que ha elevado tanto, dos veces ya en la gran historia del mundo, a la escuela física. Platón y el divino

Jesús, tuvieron el purísimo espíritu y fe en otra vida que hacen tan poética, durable, la escuela metafísica.<sup>22</sup>

De este modo, devela el problema fundamental de la filosofía, como hilo conductor de su historia, cuando afirma que todas las escuelas filosóficas pueden concretarse en dos: el materialismo (que es para él la exageración de la Física) y el espiritualismo (que es por su parte, la exageración de la Metafísica). Y concluye: "Las dos unidas son la verdad: cada una aislada es solo una parte de la verdad, que cae cuando no se ayuda de la otra."<sup>23</sup> He aquí la más auténtica expresión del carácter electivo de su filosofía.

El error de la física, a juicio de Martí, radica en que "en sus extravagancias, ha llegado a negar todo fenómeno espiritual".<sup>24</sup> (Obviamente, se está refiriendo aquí al materialismo vulgar, es decir, mecanicista.)

Por otra parte, advierte, el error de la metafísica estriba en querer brindar leyes para el mundo real y palpable, a partir de las intuiciones del individuo,<sup>25</sup> olvidando que las leyes de las cosas deben deducirse de la observación de estas. Martí, retomando la definición clásica aristotélica de filosofía, como ciencia de las primeras causas, afirma que

[...] conocer las causas posibles, y usar los medios libres y correctos para investigar las no conocidas, es ser filósofo.—Pensar constantemente con elementos de ciencia, nacidos de la observación, en todo lo que cae bajo el dominio de nuestra razón, y en su causa: he ahí los elementos para ser filósofo", los cuales no son más que "la observación y la reflexión".<sup>26</sup>

Cualquier otro elemento ayuda a averiguar, pero no constituye una base firme sobre la cual pueda sustentarse la filosofía. Como ejemplo, cita la intuición, la cual se presenta como un auxilio, muchas veces poderoso, pero no resulta una vía científica e indudable para llegar al conocimiento.

Cierto es que no podemos conocer las causas de las cosas en sí mismas, por cuanto ellas no se nos revelan directamente, sino a través de la obra de la Creación. Pero a Dios no podremos preguntarle, porque nos han enseñado a creer en un Dios que no es el verdadero.—El verdadero Dios impone el trabajo como medio de llegar al reposo, la investigación como medio de llegar a la verdad, la honradez como medio de llegar a la pureza. ¡Qué alegre muere un mártir! ¡Qué satisfecho vive un sabio! Cumple con su deber, lo cual, si no es el fin, es el medio.<sup>27</sup>

Tampoco podremos preguntar a la fe, porque

[...] en su nombre se ha mentido mucho. Se debe tener fe en la existencia superior, conforme a nuestras soberbias agitaciones internas, en el inmenso poder creador, que consuela, en el amor, que

salva y une,— en la vida que empieza con la muerte. [...] Pero la fe mística, la fe en la palabra cósmica de los Brahmanes, en la palabra exclusivista de los Magos, en la palabra tradicional, metafísica e inmóvil de los Sacerdotes, la fe, que en frente del movimiento en la Tierra ,dice que se mueve de otra manera; [...] la fe, que condena por brujos al Marqués de Villena, a Bacon y a Galileo; la fe, que niega primero lo que luego se ha visto obligada a aceptar;— esa fe no es un medio para llegar a la verdad, sino para oscurecerla y detenerla; no ayuda al hombre, sino que lo detiene; no le responde, sino que lo castiga; no le satisface, sino que lo irrita.<sup>28</sup>

Es por todos esos elementos, que Martí concluye:

“Los hombres libres tenemos ya una fe diversa. Su fe es la eterna sabiduría. Pero su medio es la prueba.”<sup>29</sup> Se trata de la “fe científica”, y con ella “se puede ser un excelente cristiano, un deísta amante, un perfecto espiritualista”. De ahí que afirma: “Para creer en el cielo, que nuestra alma necesita, no es necesario creer en el infierno, que nuestra razón reprueba.”<sup>30</sup> ¿A quién debemos preguntar entonces? “A la Naturaleza”, que es:

El pino agreste, el viejo roble, el bravo mar, los ríos que van al mar como a la Eternidad vamos los hombres: la Naturaleza es el rayo de luz que penetra las nubes y se hace arco iris; el espíritu humano que se acerca y eleva con las nubes del alma, y se hace bienaventurado. Naturaleza es todo lo que existe, en toda forma, espíritus y cuerpos; corrientes esclavas en su cauce; raíces esclavas en la tierra; pies, esclavos como las raíces; almas, menos esclavas que los pies. El misterioso mundo íntimo, el maravilloso mundo externo, cuanto es, deforme o luminoso u oscuro, cercano o lejano, vasto o raquítrico, licuoso o terroso, regular todo, medido todo menos el cielo y el alma de los hombres es Naturaleza.<sup>31</sup>

De manera semejante, Martí define el método filosófico correcto, como “aquel que, al juzgar al hombre; lo toma en todas las manifestaciones de su ser; y no deja en la observación por secundario y desdeñable lo que, siendo tal vez por su confusa y difícil esencia primaria, no le es dado fácilmente observar”.<sup>32</sup>

En el mismo sentido, advierte que el hombre debe tomar “la filosofía no como el cristal frío que refleja las imágenes que cruzan ante él; sino, como el animado seno en que palpita, como objeto inmediato y presente, la posible acomodación de lo real de lo que el alma guarda como ideal anterior, posterior y perpetuo”.<sup>33</sup>

Gran importancia otorga Martí a la Historia de la Filosofía y a la función crítico-valorativa que ella debe ejercer, cuando expresa que esta, en su sentido moderno, es “el examen crítico del origen, estados distintos y estados transitorios que ha tenido”, así como el análisis de “por qué ha llegado la filosofía a su estado actual”.<sup>34</sup> Refiere y compara, que si antes esta prevalecía como

colección de hechos y narraciones, sin nexos ni vínculos internos, ahora, en su sentido moderno se enlazan y se funden elementos, y se engranan y explican los sucesos.

Se trata de una concepción moderna, totalmente acorde con el desarrollo de los conocimientos científicos de su época y con el propio desarrollo de la filosofía como cosmovisión integral de la realidad. Es por eso que señala la importancia de la crítica, no como censura, sino que en su acepción formal y etimológica es el ejercicio del criterio. Así, para él, la Historia de la Filosofía no ha de ser exposición fría y acrítica de los diversos sistemas filosóficos a lo largo de la historia de la humanidad, sino examen crítico valorativo que enlace corrientes y sepa destacar aciertos y señalar limitaciones. En esta, como en muchas otras vertientes de su polifacético pensamiento, que se asemeja a un poliedro de infinitas aristas, sus ideas se anticipan a su tiempo, brillan y emanan luz inagotable, cual brillante salido de la tierra y tallado por la mano del hombre, que ve pasar el tiempo y cada día brilla más, y con luz propia.

<sup>1</sup> En lo adelante nos referiremos a él como Seminario de San Carlos y San Ambrosio.

<sup>2</sup> José Martí, "Antonio Bachiller y Morales", Obras completas, t. 5, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 143-153.

<sup>3</sup> Publicada por la Editorial de la Universidad de La Habana.

<sup>4</sup> Me refiero, entre otros, a Elías Entralgo y Roberto Agramonte.

<sup>5</sup> La historiografía ha registrado una frase de Luz sobre Varela en la que se expresa que fue "el primero que nos enseñó a pensar", cuando en realidad, Luz se refirió a Varela como "el que nos enseñó primero en pensar", refiriéndose a la primacía del pensamiento sobre la acción. Este lamentable error, explica en gran medida el porqué la tradición ha reconocido a Varela cronológicamente como el primero que enseñó a pensar a los cubanos, obviando o subvalorando el papel desempeñado por José Agustín Caballero, maestro de Varela, Luz y muchos otros destacados exponentes de nuestra filosofía decimonona.

<sup>6</sup> Carta de Félix Varela a José de la Luz y Caballero, Nueva York, 2 de junio de 1835, en Revista Bimestre Cubana, La Habana, julio-diciembre, 1942. (Lo destacado es de la autora.)

<sup>7</sup> Félix Varela, Varias proposiciones para el ejercicio de los bisoños, en José Ignacio Rodríguez, Vida del presbítero Don Félix Varela, Biblioteca de Estudios Cubanos, Arellano y Cía., La Habana, 1944, p. 11.

<sup>8</sup> Tomado de J. I. Rodríguez, ob. cit. p. 253.

<sup>9</sup> José Agustín Caballero, Philosophia electiva, Artículo Séptimo de la Disertación Primera: Sobre la Filosofía en general.

<sup>10</sup> F. Varela, "Lecciones de filosofía", Obras, t. 1, Imagen Contemporánea, La Habana, 1977, p. 138.

<sup>11</sup> Esta es la opinión de Medardo Vitier en su obra Las ideas y la filosofía en Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 151.

<sup>12</sup> F. Varela, ob. cit., p. 138.

<sup>13</sup> Se trataba, ante todo, de enseñar, mostrando el método del pensamiento científico, fundamentalmente, el método inductivoexperimental. Pero además, enseñarlo en el idioma patrio.

<sup>14</sup> F. Varela, ob. cit., p. 430.

<sup>15</sup> Vidal Morales y Morales, Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana, La Moderna Poesía, La Habana, 1931.

<sup>16</sup> José de la Luz y Caballero, La polémica filosófica, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1946.

<sup>17</sup> Escribe el soneto "¡10 de Octubre!", publica el editorial de El Diablo Cojuelo y el poema dramático "Abdala" en La Patria Libre (enero de 1869).

<sup>18</sup> Cintio Vitier, Vida y obra del Apóstol José Martí, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006, pp. 13-14.

<sup>19</sup> J. Martí, ob. cit., t. 5, pp. 271-272.

<sup>20</sup> Rigoberto Pupo, Identidad y subjetividad humana en José Martí, Universidad Popular de la Chontalpa,

Tabasco, México, 2004, pp. 27-28.

<sup>21</sup> J. Martí, ob. cit., t.19. pp. 360-362.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 361.

<sup>23</sup> *Ídem*.

<sup>24</sup> J. Martí, ob. cit., t. 19, p. 362.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 361.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 362.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 363.

<sup>28</sup> *Ídem*.

<sup>29</sup> *Ídem*.

<sup>30</sup> *Ídem*.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 364.

<sup>32</sup> *Ídem*.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 365.

<sup>34</sup> *Ídem*.